

tuyese más que un solo ser con el nuestro, (1).

SECCIÓN 2.^a

MAHOMA (2).

“Mahoma, el gran impostor”, tales son las palabras con que uno de los historiadores más imparciales de los Arabes comienza su historia (3). La acusación de impostura se repite por todos los escritores que proceden del cristianismo. Para ellos no hay más revelación verdadera que la de Jesucristo; todos los pretendidos profetas del Oriente son para ellos impostores, lo mismo Buddha que Mahoma. Hé aquí cómo un error teológico ha venido á ser una fuente de preocupaciones que levantan una barrera insuperable entre el Oriente y el Occidente (4).

No hay nada más lamentable que los juicios de los escritores cristianos acerca de Mahoma: “Los católicos, dice *Reland*, ven en el mahometismo una religión más sucia que el barro, (5). Se han escritos obras *ex professo* sobre las semejanzas que existen entre Mahoma y el diablo. “Es el más monstruoso entre todos los monstruos”, dice el cardenal *Baronio* (6). “No se debe leer el Corán, dice otro escritor; se le debe despreciar, burlarse de él, quemarle en donde se le encuentre; no debe quedar en la memoria de los hombres, porque es una obra bestial, (7). Esa ciega hostilidad contra el fundador de una religión grande y poderosa no solamente se halla entre los católicos; descendamos al siglo XVIII, edad de tolerancia y de humanidad, y no encontraremos en él ni humanidad ni tolerancia para Mahoma; protestantes y filósofos rivalizan en injusticia. El mahometismo, dice *Prideaux*, es una impostura impía. Mahoma y el papa son para el escritor protestante las dos caras del Antecristo; el designio del profeta árabe era engañar al género humano; la ambición y la incontinencia eran sus sentimientos

dominantes, y son, según él, el eje cardinal de su religión; el grave historiador acaba por tratar á Mahoma de pillo y de malvado (1). *Gozoso Voltaire* por encontrar en flagrante delito de mentira y de hipocresía al fundador de una religión, saca á la escena al *Tartufe armado*; y falsificando la historia, le hace cometer crímenes abominables; representándole como un bribón y un salteador, hilvana su vida de esta manera: “Es un comerciante de camellos que provoca una sedición en su aldea, persuade á algunos desgraciados Coraichitas, á quienes entretiene con el ángel Gabriel, de haber sido arrebatado al cielo y de haber recibido allí una parte de aquel libro ininteligible que á cada página hace bramar al sentido común; y para hacer respetar aquel libro, entra en su patria á fuego y sangre, degüella al padre, arrebatá á la hija, etc.”

Ha llegado el tiempo de hacer justicia al autor de una religión que comparte con el cristianismo y el buddhismo el imperio de las almas. En la secular duración de la religión de los Arabes se encuentra una protesta viva contra las odiosas imputaciones de fraude y de impostura con que se persigue la memoria de Mahoma. No, no puede ser la obra de un malvado una creencia que durante doce siglos viene siendo la regla de vida y de gobierno de la mitad del mundo oriental (2). La conciencia se rebela contra un sistema histórico que hace á Dios cómplice, por decirlo así, de la impostura. Se nos dirá: “Predicáis el fatalismo, os arrodilláis ante el éxito, justificáis el hecho brutal de la victoria, (3). No, no justificamos los hechos, justificamos á la Providencia, á la cual rebajan los escritores cristianos. No disculpamos los crímenes de los hombres; al robo lo llamamos robo y á la hipocresía hipocresía. Pero si decimos: cuando una religión se propaga entre una gran parte del género humano, y cuando esa religión es un instrumento de civilización, no es posible que sea un crimen ni obra de un criminal (4).

(1) Confucio.

(2) *WELL, del Profeta Mahoma, 1843.*—*ABOULFEDA, Vida de Mahoma*, traduc. por *DES VERGERS.*—*CAUSSIN DE PERCEVAL, Hist. de los Arabes*, 3 vol., 1847.

(3) *OCKLEY, Hist. de los Sarracenos.*—*D'HERBELOT, Biblioteca oriental*, en la palabra *Mahoma*.

(4) *RELAND*, el defensor del mahometismo, dice: “Todos los que aman á Cristo deben detestar á Mahoma” (*Religión de Mahoma*, Prefacio, § VII).

(5) “*Luto lulentior a omnia*” (*RELAND, Religión de Mahoma*, Prefacio, § VII).

(6) *BARONIUS, Annal. Eccl. ad a. 630*, núm. 1 (t. VIII, p. 227).

(7) *VIVALDUS*, citado por *RELAND*, Prefacio, núm. 7

(1) *PRIDEAUX, Vida de Mahoma*, p. 16, 47, 135, 137, 152, 164.

(2) *ROUSSEAU* ha dado ya esta respuesta victoriosa al ciego espíritu de partido que no ve en Mahoma más que un impostor afortunado: “Su ley, siempre subsistente, revela al gran hombre que la ha dictado, al genio poderoso que funda instituciones durables” (*Contrato social*, II, 7).

(3) *CANTU, Hist. univ.*, t. VIII, p. 99 (ed. francesa).

(4) *DOELLINGER, Orígenes del cristianismo*, t. II, p. 244: “La hipótesis de que Mahoma no fué más que un astuto impostor no puede sostenerse ante la historia.” Citamos con gusto estas palabras de un escritor católico, no obstante que juzga á Mahoma con excesiva severidad.

Sigamos el desarrollo religioso de Mahoma hasta donde nos lo permitan los documentos. En su juventud se distinguía por la nobleza de sus sentimientos tanto como por la viveza de su espíritu; la regularidad de su conducta, la sinceridad de sus palabras, su buena fe y su aversión á todo lo que era deshonesto, le valieron entre sus compatriotas el sobrenombre de *El-Amin, el hombre seguro* (1). Si había una controversia que arreglar, sus compatriotas la sometían á aquel cuya vida, según los cristianos, no fué más que un tejido de mentiras y de fraudes (2). Aquel hombre de un sentido tan recto padecía ataques epilépticos, durante los cuales perdía el conocimiento. En medio de aquellas convulsiones de su naturaleza física fué, según dicen los escritores árabes, cuando le fué revelada su misión (3). Se retiró del mundo, viviendo solitario en las montañas, orando y ayunando. Sus primeras revelaciones le aterraron, y volvió á su casa tembloroso y diciendo á Chadidja: "Temo por mi alma.", Su mujer le tranquilizó: "Dios no puede estar irritado contra ti, le dijo; tú eres todo caridad para con tus parientes; no te arredra ningún trabajo para ser útil á tu prójimo; das limosna á los pobres, hospitalidad á todo extranjero que se presenta; eres franco en tus discursos, y la verdad halla siempre en ti un defensor.", (4). Mahoma recibió otro auxilio más poderoso; una voz le dijo: "El espíritu del Señor está contigo; no estás poseído del demonio, estás destinado á una gracia eterna.", Esa voz, en la creencia de Mahoma, era la del ángel Gabriel, el cual le dijo: "Levántate y predica la grandeza de tu Dios que te llama.", (5). Los éxtasis de Mahoma continuaron durante toda su vida, y creía recibir de Dios las palabras que comunicaba á los hombres, las cuales, recogidas después de su muerte, formaron el Corán: "El Corán es una revelación del soberano del universo, y el espíritu fiel la ha traído al cielo y la ha depositado en tu corazón, á fin de que fueses apóstol.", (6).

Tal es la revelación de Mahoma. Comprendermos que aquellos que niegan toda relación del hom-

(1) CAUSSIN DE PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. I, p. 326.—ABOULFEDA, *Vida de Mahoma*, trad. por DES VERBERS, p. 10.

(2) WHIL, *del Profeta Mahoma*, p. 39.

(3) GAGNIER ha comprobado ese hecho. WHIL le afirma fundado en autoridades irrecusables, *del Profeta Mahoma*, páginas 42, 43, nota.

(4) WHIL, *del Profeta Mahoma*, p. 46 y nota 51.

(5) *Coran*, LX, 1-3; LXXIII y LXXIV.

(6) *Coran*, xxvi, 192-194.

bre con Dios vieran el ridículo y el insulto sobre el apóstol árabe y sobre sus conversaciones con el ángel Gabriel. *Gibbon* dice que, en su retiro en el fondo de la caverna de Hara, Mahoma lo que consultaba era el espíritu de fraude y de fanatismo (1). ¿Qué vendría á ser la santa vida de Jesús si se la escribiese con esa ciega prevención? Si Mahoma es un impostor porque dice que su misión y el Corán le han sido revelados, todos los reveladores, y Jesucristo mismo, el más grande de todos, serían impostores. Porque no hay revelación milagrosa y porque hayan errado todos aquellos que han creído tener un comercio sobrenatural con la divinidad ó con los ángeles, ¿habrá que estigmatizarlos con el epíteto de malvados? Los que acusáis de impostura á Jesucristo y á Mahoma, ¿sabéis, por ventura, lo que pasa en el alma de los grandes hombres, de los que por grandes son llamados á fundar una religión? En una esfera menos elevada ha habido revelaciones que nadie se atrevería á acusar de truhanería. Sócrates, cuya grandísima moralidad es tan indudable como su genio, tenía su demonio; Juana de Arco, esa heroína ideal, oía voces. ¿Por qué Mahoma, predispuesto por su naturaleza física al éxtasis, no ha podido tener también su demonio ó su ángel y oír sus voces?

La revelación del Corán es el único hecho sobrenatural en la carrera profética de Mahoma, el cual no hizo milagros; y á los que le pedían que probara su misión devolviendo la vista á los ciegos y resucitando á los muertos, les respondía por la voz de Dios: "Bastantes signos hemos dado para aquellos que tienen fe.", El profeta árabe rechaza toda idea de facultades sobrenaturales: "Yo no soy más que un apóstol, soy un hombre como vosotros; pero he recibido la revelación de que no hay más que un Dios.", (2). ¡Cosa singular! Aquel á quien los cristianos, en su odio ciego, tratan de impostor, se declara falible como cualquier hombre. Hasta le acontece que recibe revelaciones encaminadas á reprenderle. Un día Mahoma mostró impaciencia con un ciego que venía á hacerle preguntas en tanto que predicaba su fe á un habitante de la Meca: "El ángel mostró su frente severa al profeta, que acogía al rico y rechazaba al pobre.", (3).

La vida de Mahoma, ¿es digna de su misión?

(1) GIBBON, *Hist. de la decadencia del Imperio*, c. 50.

(2) *Coran*, II, 112; XVII, 95; XVIII, 109.

(3) *Coran*, LXXX, 1-10.

Los autores cristianos no le reconocen otro móvil más que la ambición y la sensualidad. ¡La ambición! Gozaba de la consideración de sus conciudadanos, era rico, y, sin embargo, abandona el mundo, se consagra á la abstinencia y á la oración por algunos años, y después se anuncia como profeta: le acogen la incredulidad, la burla y el insulto; se atenta á su vida y se le arroja de la Meca; después se le ofrecen honores y riquezas si quiere renunciar á su empresa, y se mantiene inquebrantable en la desgracia. Eso, más que ambición, es tener conciencia de una misión divina. Se le acusa también de sensualidad, haciéndole un crimen de las revelaciones con que ha legitimado sus amores (1). Mahoma es el hombre del Oriente, el profeta de los Arabes, raza sensual por excelencia (2); él mismo decía que "las cosas de este mundo que tenían para él más atractivo eran las mujeres y los perfumes."; pero añadía "que no gozaba de felicidad más que en la oración.", (3). Esas palabras caracterizan al hombre y al revelador; como hombre, era el tipo de su raza, de la cual tenía todas las cualidades brillantes. Lo que nosotros reprobamos como un defecto constituía un elemento esencial de su carácter y de su misión. Porque no es el profeta de una ley de abnegación y de privaciones, sino de una ley de este mundo, y del mundo oriental; reprocharle á él la poligamia es como si se reprobara el celibato á Jesucristo. Verdad es que ha consagrado algunas de sus revelaciones á legitimar sus amores; pero los que le acusan de haber explotado su misión para satisfacer sus pasiones, ¿han sondeado bastante el corazón humano? ¿Sabían ellos hasta dónde llega el poder de la ilusión? ¿Sabían lo que pasaba en el alma de Mahoma cuando recibía sus revelaciones? Esto no es decir que aquellas ilusiones interesadas sean de nuestro gusto; pero reclamamos justicia y equidad, pedimos que se juzgue al profeta árabe como hombre, puesto que él mismo se dice falible, y que se le considere como hombre del Oriente, toda vez que su ley al Oriente se contrae.

No queremos idealizar á Mahoma. Si la apreciación que hacemos del profeta árabe se parece á una apología, será porque en presencia de las pre-

(1) WHIL, *Mahoma*, p. 393.—SALE, *Observaciones sobre el mahometismo*, secc. II, p. 479.

(2) AMMIANO MARCELINO lo observó ya (XIV, 4).

(3) CAUSSIN DE PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. III, p. 336.

ocupaciones cristianas es para nosotros un deber el defender su memoria contra las imputaciones de que ha sido objeto. Sigamos todavía al fundador del mahometismo en su vida pública y privada, y veamos si ellas forman la de un malvado de baja estofa.

Mahoma era de una sencillez patriarcal en su vida privada. Vestía trajes de algodón; y creyendo que aquello era un refinamiento de lujo, se vistió de lana; se arreglaba por sí mismo sus vestidos y su calzado, encendía su hogar, barría su cuarto y apacentaba su piara. Dudamos mucho que aquellos que le han reprochado su sensualidad hubiesen querido participar de su comida, que consistía, por lo general, en un pedazo de pan de cebada y algunos dátiles (1). Se ha llegado á decir que especulaba con sus revelaciones, siendo así que hasta de su parte de botín no guardaba más que lo estrictamente necesario, hasta el punto de que la mayor parte de las veces se veía reducido á la indigencia. Dios, según la bella expresión de los autores árabes, le había dado la llave de los tesoros de este mundo; pero él prefirió la pobreza á la opulencia. Mahoma amaba á los pobres y los honraba llevándolos á su mesa; y cuando ésta era insuficiente, los enviaba á las de sus discípulos; la mejor parte de la cebada y de los dátiles que recogía los destinaba á los menesterosos (2).

¿Era Mahoma un hombre de venganza y de sangre? Los Coraichitas le perseguían con odio terrible; y, sin embargo, cuando se vieron estrechados por el hambre, se dirigieron á su enemigo para que les permitiese aprovisionar la ciudad. Mahoma escribió á sus aliados: "Dejad llevar á mis compatriotas las mercancías que necesiten.", (3). Se admira á Enrique IV por haber permitido avituallar á los habitantes de París: ¿por qué increpar como un bárbaro al profeta que hace lo mismo con los que reniegan de él? Cuando Mahoma se apoderó de la Meca, sus partidarios se prometían una cruel venganza. "Ha llegado ya, decían, el día de las represalias y de la sangre; ese día nada será respetado.", Mahoma prohibió entonces á sus generales el que usasen de la fuerza á menos de que fuesen atacados. Sus enemigos se hallaban á sus pies:

(1) ABOULFEDA, *Vida de Mahoma*, p. 95.

(2) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. III, 333, 152.

(3) ABOULFEDA, *Vida de Mahoma*, p. 74; PERCEVAL, tomo III, páginas 228, 232.

"Descendientes de Coraich, les dijo, ¿cómo pensáis que debo proceder con vosotros?—Con bondad, respondieron ellos; tú eres un hermano generoso.—Idos, les contestó, estáis amnistiados," (1).

Dejemos ya la vida de Mahoma. Fué el fundador de una extendida creencia, y es por su doctrina por la que debe juzgarse al revelador. Un alemán, su biógrafo, que le juzga con grande severidad, reconoce, sin embargo, que "por los beneficios de su predicación merece ser contado entre los enviados de Dios,". Mahoma es un profeta, un revelador para el Oriente, como Jesucristo lo es para el mundo occidental. Hasta aquí ha habido una especie de hostilidad entre Mahoma y Jesús; pero acabarán por encontrarse en una unidad superior: son los representantes de las civilizaciones del Oriente y del Occidente; los dos mundos divididos durante largo tiempo tienden á aproximarse, y lo mismo sucederá con aquellas doctrinas. El mayor obstáculo para la concordia es la recíproca pretensión de una revelación divina y exclusiva, y ese mismo obstáculo desaparecerá. En el mundo occidental, el dogma de la encarnación va haciendo lugar á una revelación continua y progresiva por medio de la humanidad. En el mundo oriental, que nosotros imaginamos completamente inmovilizado, hubo desde el principio protestas contra la divinidad del Corán (2). En el siglo XVIII, una secta poderosa surgió entre los Arabes del desierto; los *Wahabitas*, rechazando á Mahoma como apóstol y al Corán como revelación, predicaron con las armas en la mano la unidad de Dios: nada de supersticiones en las cosas religiosas, nada de desigualdad en la vida civil y política: tal era la doctrina de esos reformadores del mahometismo. Su creencia se esparció por la Arabia entera; un momento pareció que amagaba al Oriente una nueva invasión; pero sucumbieron ante el argumento de la fuerza. Los sectarios han sido rechazados á los desiertos (3), pero el impulso está dado; la luz de la razón ha penetrado en la religión; y cuando una vez se ha renegado de un Dios, ya no se vuelve á sus altares. La autoridad del cristianismo y del maho-

(1) WEIL, *Mahoma*, p. 401 y sig.—El gran historiador J. DE MÜLLER dice: «*Es war ein Gott in ihm*» (*Carta del 15 de Junio de 1796*, t. xxxi, p. 158).

(2) En la secta de los Mutazalitas (Véase á WEIL, *El Califato*, tomo II, p. 263).

(3) RITTER, *La Arabia*, t. II (t. XIII de su *Geografía*), páginas 448-452.

metismo están minadas por sus cimientos, al mismo tiempo que el Oriente y el Occidente se aproximan. ¿No es esta una señal de los tiempos?

SECCION 3.^a

EL ISLAMISMO (1).

§ I—Fuentes del islamismo.

Se reprocha al islam el ser un inmenso plagio: "Jamás hubo falso profeta más grande plagiario que Mahoma, exclama G. Schlegel. De todas partes sacaba sus pretendidas revelaciones: de la ley de Moisés, de algunas tradiciones nacionales, del Nuevo Testamento y de los evangelios apócrifos, de los sueños de los talmudistas, de las opiniones de ciertas sectas cristianas, y hasta de las doctrinas de Zoroastro y de los brahmanes, á pesar de su horror al politeísmo," (2). No parece sino que, para que una religión sea verdadera, debe bajar directamente del cielo, sin que tenga relación alguna con la tradición. Toda religión procede necesariamente del pasado. La antigüedad ha preparado el cristianismo, el cual, nacido en Oriente, pero destinado á educar las razas occidentales, se ha apropiado los elementos de la civilización grecorromana, separándose del Asia para aproximarse á Europa. Mahoma, llamado á ser el profeta del Oriente, ha tenido que recibir en su doctrina los frutos de la civilización oriental.

No parece sino que las religiones del Oriente se habían dado cita para la Arabia: la masa de la población era idólatra, pero había entre ella tribus judías y cristianas, y las había que practicaban el culto de los magos. El mosaísmo penetró muy temprano entre los Arabes, que pertenecen á la misma raza que los Judíos; el establecimiento de los Hebreos en Yathrib (Medina) se remonta á los tiempos más remotos. Los misioneros llevaron el cristianismo á la península, y las sectas perseguidas por los ortodoxos hallaron en ella asilo y libertad. La guerra estableció relaciones entre los Arabes y el imperio de los Persas; los príncipes de Hira eran vasallos de los grandes reyes (3); bajo su pode-

(1) *El Corán*, trad. de KASIMIRSKI, en los *Libros sagrados del Oriente*, de PAUTHIER.

(2) G. SCHLEGEL, *Ensayos históricos y literarios*, p. 534.

(3) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. II.

rosa influencia se difundió el magismo en la Arabia.

Aquella coexistencia de tres religiones al lado del politeísmo conmovió profundamente los ánimos y preparó la misión de Mahoma. El magismo había perdido su fuerza de expansión; la rivalidad existía entre judíos y cristianos, pero unos y otros tenían que combatir á los idólatras. Entre los Arabes, como en el imperio romano, el paganismo se apoyaba en la autoridad de tradición. El Corán nos ha conservado las objeciones que los partidarios del pasado hacían á los innovadores. Aquellos decían: "Nosotros hemos encontrado que nuestros padres practicaban este culto, y queremos seguir sus pasos,". Dios dice á Mahoma: "Antes de ti sucedió siempre lo mismo; cuantas veces hemos enviado apóstoles á predicar á alguna ciudad, sus habitantes más ricos les decían: "Nosotros encontramos que nuestros padres practicaban este culto, y seguimos sus pasos,". Diles: "¿Y si yo os traigo un culto mejor que el de vuestros padres?" Ellos responderán: "Nosotros no creemos en tu misión," (1). El pasado lucha en vano contra el porvenir; la derrota de la idolatría era inevitable.

El cristianismo y el judaísmo se disputaron la conversión de los Arabes. En medio de aquellas poblaciones guerreras en que toda polémica degenera en combate, la rivalidad de las dos religiones fué hartas veces sangrienta (2), y ninguna de ellas triunfó. Cuando Mahoma apareció en la escena, la masa de los Arabes continuaba apegada siempre á la idolatría. La tradición nos representa á las más elevadas inteligencias vacilando entre los diversos cultos, andando de acá para allá, por decirlo así, en busca de la verdadera religión. Mientras que los Coraichitas celebraban la fiesta de uno de sus ídolos, se reunieron cuatro hombres á escondidas de la multitud y se comunicaron sus sentimientos: "Nuestros compatriotas, se dijeron, marchan por un mal camino; se han alejado de la religión de Abraham. ¿Quién es esa pretendida divinidad á la cual consagran víctimas y á cuyo alrededor hacen procesiones solemnes? Un pedazo de piedra mudo é insensible, incapaz de hacer bien ni mal. Todo eso no es más que error. Busquemos la verdad, busquemos la pura religión de Abraham, nuestro padre, y para encontrarla, abandonemos, si es ne-

(1) *El Corán*, XLIII, 21-23.

(2) PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, t. I, p. 128.

cesario, nuestra patria y recorramos los países extranjeros,". El primero de aquellos cuatro personajes, *Waraca*, creía que un profeta debía aparecer en la raza árabe; sin embargo, después de haber estudiado con celo los sagrados libros de los cristianos, abrazó el cristianismo. El segundo, *Othman*, viajó interrogando á todos aquellos que podían ilustrarle, y los monjes le ganaron á la fe de Cristo. El tercero, *Obaydallah*, creyó reconocer en el islam la verdadera religión que buscaba, pero acabó por aceptar el Evangelio. El cuarto, *Zaiz*, vino á ser el Juan Bautista de Mahoma. Todos los días iba á la Caba para rogar á Dios que le iluminase, y se le veía, apoyada la espalda contra el muro del templo, entregado largas horas á sus meditaciones, de las cuales salía exclamando: "Señor, si yo supiese de qué manera quieres ser adorado y servido, obedecería tu voluntad; pero lo ignoro,". Después se postraba con la frente sobre la tierra. Ni el judaísmo ni la religión de Cristo satisfacía á aquella alma ávida de creencias, y se formó una religión aparte, procurando conformarse con la que creía que había sido la de Abraham. Tributaba homenaje á la unidad de Dios, atacaba abiertamente las falsas divinidades y declamaba fervorosamente contra las prácticas supersticiosas. Recorrió la Mesopotamia, consultando por todas partes á los hombres piadosos, con la esperanza de hallar el culto de Abraham. Largo tiempo anduvo errante de un lugar para otro, constantemente entregado á sus investigaciones, y en este estado llegó á sus oídos que un profeta árabe predicaba la religión de los patriarcas; *Zaid* reconoció en la doctrina de Mahoma la religión que él deseaba (1).

Mahoma nació en medio de aquella efervescencia religiosa. Rechazó la idolatría con horror; el judaísmo y el cristianismo no le satisfacían. Moisés no hubiera conocido su propia religión en los sueños del Talmud, y no sin razón acriminaba Mahoma á los Judíos haber corrompido la Escritura y no observar sus leyes, comparándolos á asnos cargados de libros. Mahoma reverenciaba á Jesucristo como profeta divino; pero acusaba á los cristianos de haber alterado, por una mezcla idólatra, la pura doctrina que el Mesías les había enseñado; la divinidad de Cristo, la Trinidad y el culto de los santos le parecían otras tantas supersticiones;

(1) PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, t. I, p. 321-326.